

ARENA

A pesar del mar y el viento, sé que las huellas de aquella playa solitaria no se borrarán nunca.

Tú también lo sabes. Por eso vuelves cada tanto por ahí, para pasear por el lugar donde nos vimos por última vez —cuando la claridad del sol ya estaba pero el sol todavía no—, cuidándote de no superponer las huellas de tus paseos a las anteriores, a esas que vienes a observar una vez más, intentando comprender, preguntándote otra vez por qué. Cada vez que regresas a aquella playa de cicatrices abiertas, puedes ver nuevamente, intactas, las antiguas huellas de tu andar (infantil, según definió la radio local; femenino, insisto yo, que lo vi). Persigues tus huellas con la mirada silenciosa, ves que siguen en el mismo lugar: todavía están ahí, recorriendo ingenuamente la distancia que se extiende desde la cabaña de

madera, semioculta al borde de las dunas, hasta el mar marrón y matutino.

Huellas. De inmediato reconoces las mías, claro: ves los pasos que aquella vez no oíste, las pisadas más grandes y furtivas, saliendo de entre las plantas cercanas al camino y alineándose tras las tuyas, alcanzándolas justo antes de que llegasen al agua.

Ha pasado tanto tiempo, has vuelto a esta playa tantas veces, que ya no lloras al redescubrir el forcejeo garabateado en los surcos que persisten sobre la arena mojada; no lloras ante la visión del molde justo de tu espalda angosta de entonces, molde que ahora el mar rellena regularmente con agua marrón, espumosa; sin lágrimas, miras los agujeros que hicieron tus talones al clavarse en la arena, demasiado lejos uno del otro. Ves los pozos de mis rodillas hincadas a los lados de tu cadera y, entre ellos, la concavidad perfecta de tus nalgas de jovencita, el doble hueco que fue ahondándose con cada uno de mis violentos empujones, jadeantes y erectos; con tu mirada repasas la forma de los montoncitos de arena que tus uñas asustadas juntaron, muy cerca del bajorrelieve de mis dedos crispados, mis manos que en la arena aún permanecen cerradas alrededor de tus muñecas delgadas de niña frágil.

Como siempre, es el perfil de tu propio rostro lo que te hace finalizar el paseo. No puedes continuar; lo sabes

cada vez que tu mirada llega a la efigie de tu rostro grabada en esa moneda infinita que es la playa: es el lado derecho de tu cara el que quedó imperfectamente estampado en la arena por un golpe de mi mano abierta, que te convenció de quedarte inmóvil y no gritar más. Tu nariz respingada todavía apunta al mar y los pómulos continúan frotando con su volumen ausente la superficie granulada, reblandecida con lágrimas, esa superficie que adoptó y conservó todas las formas de una pesadilla amarga que no quieres recordar ni puedes dejar de recordar.

Entonces regresas; ya es suficiente. Vuelves por donde viniste con paso perturbado, aunque sigues cuidándote de no borrar las memorias: le das la espalda al mar y dejas esa playa de arenas perpetuas, subiendo por las dunas hacia el auto que te espera manso sobre el camino, antes de tierra, ahora asfaltado, la ruta que te llevará a tu actual hogar, quizá con marido, quizá con marido e hijos. Vas con cuidado de no sellar con tus sandalias nuevas mis huellas sin talón, esas huellas antiguas que se adelantan a los pasos de tu regreso y siguen a la carrera, desde el mar rugiente a tus espaldas hacia el camino donde aquella vez aguardaba mi motocicleta y donde ahora aguarda tu auto. Mis huellas quietas huyen de las huellas quietas del viejo, que aquella vez te oyó gritar y salió alarmado de la cabaña entre las dunas,

corriendo furiosa y trabajosamente para alcanzarme. No, tampoco quieres mancillar sus huellas, sus infructuosas huellas de puntera y taco, las huellas de sus zapatos torpes de padre, inútiles para correr sobre la arena, sus huellas indecisas entre seguirme a mí, su hijo mayor que ya huía para siempre por el camino, o correr hacia el lugar donde su hija menor seguía mirando el mar con el dolor entre las piernas, tirada boca arriba, imprimiendo su cuerpo pequeño en la memoria indeleble de la arena.

De Manual de evasiones imposibles.

© Martín Cristal, 2002.

www.martincristal.com.ar